

EL RADICALISMO, LAS CLASES MEDIAS Y LA DEMOCRATIZACIÓN EN TULIO HALPERIN DONGHI

RADICAL PARTY, MIDDLE CLASSES AND DEMOCRATIZATION IN TULIO HALPERÍN DONGHI

Sebastián R. Giménez¹

Palabras clave

Tulio Halperín Donghi,
Unión Cívica Radical,
Hipólito Yrigoyen,
Clases medias,
Democratización

Recibido

4-11-2019

Aceptado

5-5-2020

Resumen

Numerosos trabajos analizaron el modo en que Tulio Halperín Donghi abordó el peronismo. Son más escasos, en cambio, los estudios que reconstruyeron cómo el autor examinó el primer movimiento de masas de la historia argentina. El presente artículo pretende contribuir en esa dirección: su objetivo consiste en analizar la manera en que Halperín Donghi analizó el devenir del radicalismo en las tres primeras décadas del siglo veinte. Aquí reconstruimos las principales hipótesis por él vertidas a lo largo de su trayectoria intelectual. Consideramos que ellas, además de ser una fuente de inspiración para futuras indagaciones, nos abren una vía para explorar, desde un nuevo punto de vista, algunas problemáticas que están en el centro de las reflexiones del autor, como el derrotero de la relación entre la clase media y la democracia de sufragio universal, y los efectos de la democratización sobre la sociedad argentina.

Key words

Tulio Halperín Donghi,
Unión Cívica Radical,
Hipólito Yrigoyen,
Middle class,
Democratization

Received

4-11-2019

Accepted

5-5-2020

Abstract

Many works analyzed the way in which Tulio Halperín Donghi explored Peronism. However, studies that looked over how the author examined the first mass movement in Argentine history are scarcer. This article aims to contribute in that direction: its objective is to explore the way in which Halperín Donghi analyzed the transformations undergone by the Radical Civic Union during the first three decades of the twentieth century. We reconstruct the main hypotheses expressed by him throughout his intellectual career. We consider that these hypothesis, besides a source of inspiration for future inquiries, open a way to explore some problems that are at the center of the author's reflections from a new point of view, such as the course of the relation between the middle class and the universal suffrage democracy, and the democratization effects on politics and the Argentine society.

INTRODUCCIÓN

Quizá no sea exagerado afirmar que existe ya un campo de estudios sobre la obra de Tulio Halperín Donghi. Se trata de un campo consolidado, aunque de reciente formación. Si bien, en efecto, Halperín Donghi fue un autor que no tardó en ganarse

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de San Martín, Instituto de Altos Estudios Sociales. Dirección postal: calle 12c nro 7944, La Plata, Argentina. C.e.: sebasgim82@gmail.com.

un lugar destacado en el ámbito intelectual local, ese temprano reconocimiento no estuvo acompañado de una igual disposición a ser analizado en profundidad –y, menos todavía, interrogado y discutido–. Tanto es así que sus primeros libros sobre la crisis del orden colonial y el surgimiento de una sociedad nueva en el Río de La Plata –como *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*, o incluso todavía *Revolución y guerra*– no suscitaban inmediatamente un eco significativo en la historiografía argentina. Como se ha señalado en reiteradas oportunidades, fue recién con la transición a la democracia y la paralela profesionalización de los estudios históricos que su figura empezó a cobrar otra dimensión, haciéndolo merecedor de estudios más detenidos y sistemáticos. La publicación, en los años noventa, de dos libros (Grupo Oxímoron 1993; Hora y Trímboli 1997) que específicamente se propusieron discutir sus contribuciones da cuenta de este cambio de actitud. En el nuevo milenio, asistimos a la consolidación de esta tendencia: a la publicación de diferentes artículos destinados a analizar sus principales aportes y perspectivas se sumaron la organización de jornadas y la aparición de nuevos libros sobre su obra. Finalmente, su muerte, en noviembre de 2014, fue el puntapié para la celebración de homenajes que se constituyeron en momentos propicios para revisar su legado.²

No es difícil notar, en estos estudios críticos, un claro privilegio por el siglo XIX en detrimento del XX. Esto es así, en parte, porque la propia obra del autor se estructuró a partir de los procesos desencadenados en el país con la revolución de independencia. Pero ello también se debe, creemos, a que los estudios propiamente historiográficos de Halperín Donghi sobre el siglo XX hicieron su aparición en fechas relativamente recientes. Por este motivo, en lo que hace a la Argentina de la democracia de masas, la faceta del autor que más se ha destacado ha sido la del ensayista; y el tema que ha dominado esas aproximaciones ha sido, sin dudas, el del peronismo. Por ello, resultan numerosos los trabajos que han analizado el modo en que Halperín abordó dicho fenómeno (Altamirano 2018, Acha 2015, Melo 2009, Rossi 1997). En cambio, otros procesos han recibido mucha menor atención. Entre éstos, llama la atención la ausencia de estudios que buscaron reconstruir la manera en que nuestro más reconocido historiador contemporáneo examinó el primer movimiento político de masas de la historia

2 Las principales reflexiones colectivas sobre la obra del autor en la última década fueron las siguientes: en 2011, en su número 15, la revista de historia intelectual *Prismas* publicó el *dossier* “El siglo XIX de Tulio Halperín Donghi”. En junio de 2015, la Biblioteca Nacional organizó las jornadas “Halperín Donghi: entre la tormenta de la historia y los espejos del mundo”. Algunas de las contribuciones realizadas en esas jornadas fueron luego compiladas por Alejandro Eujanian y Marcela Ternavasio en el libro *Halperín Donghi y sus mundos* (FHUMYAR Ediciones, 2016). En 2015, en su número 42, el *Boletín* del Instituto Ravignani dedicó al autor una serie de artículos, escritos principalmente bajo la forma de obituarios. Tres años más tarde, en 2018, el mismo *Boletín* editó un “Número especial” dedicado íntegramente al autor. Si bien en la mayoría de los casos estos trabajos colectivos reúnen artículos que analizan aspectos puntuales de la obra de Halperín Donghi, existen también algunos estudios que analizan integralmente su legado; entre éstos, destacamos particularmente el trabajo de Roy Hora (2016), quien avanza en una sistemática presentación de la obra halperiniana, distinguiendo diferentes ciclos en la producción del autor, a los cuales vincula con elementos biográficos y contextuales.

argentina.³ El presente artículo pretende hacer una contribución en esa dirección: su objetivo consiste en analizar cómo nuestro principal historiador analizó el devenir del radicalismo en las tres primeras décadas del siglo veinte, cuando, bajo el liderazgo de Hipólito Yrigoyen, la Unión Cívica Radical se erigió en el gran partido electoral que canalizó el acceso de amplios sectores sociales a la vida política.

Conviene empezar estas reflexiones llamando la atención sobre la desigual relevancia otorgada al tema por nuestro autor a lo largo de su extensa trayectoria académica: relegado a los confines de sus preocupaciones en sus primeros escritos, el “enigma Yrigoyen” ocupó recién en la última etapa de su itinerario intelectual un lugar destacado –sin llegar a ser nunca, con todo, el centro de su interés–. Si pese a esto creímos productivo detenernos en las hipótesis que Halperín Donghi elaboró tanto sobre la UCR como sobre quien fue su principal líder durante más de tres décadas, es porque, en primer término, consideramos que esas hipótesis son una potencial fuente de inspiración para futuras indagaciones; y, en segundo lugar, porque ellas nos abren una vía para problematizar, desde un nuevo punto de vista, otros temas que efectivamente están en el centro de sus reflexiones –como el derrotero de la tortuosa relación entre la clase media argentina y la democracia de sufragio universal, y los efectos de la democratización sobre la sociedad y la política argentina–.

Como es largamente sabido, las primeras interpretaciones de Tulio Halperín Donghi sobre el siglo xx argentino fueron de carácter mayormente ensayístico. En la segunda mitad de los años 50 y en la primera de los 60, mientras forjaba el núcleo de su obra historiográfica (la cual se propuso sobre todo analizar la crisis del orden colonial y el surgimiento de una sociedad nueva en el Río de La Plata), Halperín Donghi realizó una serie de intervenciones destinadas a desentrañar la actualidad de un país que ya veía dominado por una “crónica” crisis (Halperín Donghi 1956, 1961 y 1964).⁴ En tales intervenciones, siguiendo una periodización muy asentada en las ciencias sociales de la época, Halperín Donghi enfatizó la importancia de las transformaciones económicas, sociales y políticas ocurridas en Argentina a partir de 1930.

De ese modo, las referencias al período previo a la “restauración conservadora” o “primera restauración” –tal los modos en que en dichos escritos llamó a la etapa iniciada con el gobierno de Uriburu y cerrada con el de Castillo– fueron de carácter más bien general. Podría incluso decirse que los años de los gobiernos radicales tuvieron en esos ensayos el carácter de meros antecedentes de procesos que, iniciados como efectos de la gran crisis internacional de 1929 y potenciados luego por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, estarían destinados a marcar decisivamente con su impronta el devenir posterior del país.

3 En rigor, ningún trabajo ha indagado específicamente el tema. Existen, en cambio, valiosas contribuciones sobre la manera en que el autor analizó la primera mitad del siglo xx argentino; en ellas se aborda tangencialmente la cuestión que aquí nos interesa problematizar. Al respecto, Hora 2018 y Pagano 2018.

4 Estos trabajos fueron compilados y reeditados en los años noventa por Ariel (Halperín Donghi 1995); es esta edición la que aquí tomamos como base para las reflexiones que siguen.

Sin embargo, esto no significa que no puedan encontrarse allí hipótesis muy nítidas y sugerentes sobre la política en las tres primeras décadas del siglo xx y sobre el rol que al radicalismo le cupo en ella. De esto se ocupan la primera y la segunda parte de este artículo, las cuales subrayan, respectivamente, dos modos alternativos en que Halperín Donghi reflexionó sobre el período en esos tempranos ensayos: el primero y largamente predominante (y del que trata la primera parte de nuestro trabajo) es el que lee los procesos políticos en función de la estructura económico-social. El segundo modo, del que se ocupa la siguiente sección de este artículo, reconoce un desarrollo menor en esta etapa de la obra del autor; se trata de un principio de lectura propiamente político, que reserva un lugar central a la cuestión de la soberanía.

Sobre el filo del nuevo milenio, Halperín Donghi volvió a colocar su mirada en el período de los gobiernos radicales. Lo hizo ya no en clave de ensayo, sino como parte de su obra propiamente historiográfica. Estos trabajos elaborados hacia el final de su carrera recuperan, sin embargo, algunos elementos ya presentes en sus tempranos ensayos. La última parte de este artículo se propone explorar ese hilo de continuidad, al tiempo que recobra los argumentos centrales que el autor elaboró sobre el radicalismo cuando posó con más atención su mirada sobre esa fuerza política.

EL RADICALISMO: ¿UN PARTIDO DE LA CLASE MEDIA?

En los ensayos halperinianos sobre el siglo xx argentino publicados en las décadas de los 50 y 60, hay un principio de lectura que sobresale con nitidez: la política es entendida allí fundamentalmente a partir de la estructura económico-social. Aun cuando, como todo autor agudo y sofisticado, Halperín Donghi no dejó de dar lugar a los múltiples factores que inciden en la conformación de la vida pública, el peso de la economía y la sociedad sobre la política resultó, en esos escritos, decisivo. De allí que las hipótesis principales que elaboró sobre el devenir de la fuerza política fundada por Alem estuvieron estrechamente relacionadas con consideraciones sobre la economía y la sociedad en las primeras décadas del siglo xx.

En este sentido, en “Crónica de un período”, nuestro autor refiere a la existencia, para el momento en que se sanciona la Ley Sáenz Peña, de “un orden económico menos íntimamente modernizado” de lo que los contemporáneos tendían a creer. Y señala a continuación que “algo de este arcaísmo fundamental” se hacía presente en los sectores que aparecían como más modernos, sobre todo en la vida política (Halperín Donghi 1995, p. 85). Enseguida refiere al radicalismo, partido que, entonces, es entendido como portador de caracteres añejos y vetustos.

¿Dónde reside “lo arcaico” del radicalismo? Creemos que la idea de Halperín Donghi se puede definir, sobre todo, por la negativa; podría formularse así: el carácter arcaico del radicalismo proviene de no ser *plenamente* el partido de la clase media argentina. Subrayamos “plenamente” porque es allí, desde luego, donde reside el *quid* de la cuestión. Sucede que, para nuestro autor, aunque no es plenamente el partido de la clase

media, la UCR es, con todo, un partido de clase media. ¿Lo es o lo fue en algún momento? La pregunta es pertinente, porque Halperín Donghi esboza una periodización de la relación entre el partido y la clase social que él (“supuestamente”) representa. Pero dejemos a un lado por el momento esta cuestión de fechas –sobre la que volveremos en breve– e intentemos aprehender la naturaleza del vínculo entre radicalismo y sectores medios tal como nuestro autor la plantea –y que explicará luego sus mutaciones a lo largo del tiempo–. Señala Halperín Donghi en el artículo de *Sur*:

El radicalismo, al proclamarse representante de la Nación y no de uno de sus sectores, hacía algo más que sucumbir a una ilusión propia de los movimientos políticos de clase media: reflejaba a la vez un dato real de su propia estructura, en la cual la clase alta tradicional tenía gravitación importante en nivel dirigente, en tanto que los sectores populares daban el tono a casi toda la máquina partidaria. Pero no era sólo la ambigüedad del radicalismo la que cargaba de provisionalidad su identificación con la clase social que de todos modos le era más cercana: la ambigüedad de actitudes de la clase media era en este punto aún más decisiva... (Halperín Donghi 1995, p. 85).

En este pasaje, por demás rico en hipótesis y sugerencias, encontramos primero una explicación sociológica del ideario radical: su vocación por representar el todo reflejaría, según Halperín Donghi, su carácter de clase (media), en tanto, sostiene el autor, es propio de los movimientos políticos pertenecientes a este sector social apelar al conjunto de la Nación y no a una sola de sus partes. Paradójicamente, sin embargo, al mismo tiempo que es manifestación de su *ser* de clase media, ese ideario refleja también, para Halperín Donghi, el hecho de que el radicalismo no es *sólo* (ni principalmente, pareciera estar ahora en el límite de afirmar) de clase media: el discurso *catch-all* de la UCR da cuenta, en efecto, para el autor, de un “dato real” de su estructura, en la cual tienen un lugar por demás destacado tanto la clase alta tradicional (que encontró “gravitación importante en nivel dirigente”) como los sectores populares (los cuales “daban el tono a casi toda la máquina partidaria”). Esto, señala, hace de la UCR una fuerza fundamentalmente *ambigua*; y concluye luego que en esa ambigüedad es donde reside la razón del carácter provisional del vínculo entre el partido y “la clase social que de todos modos le era más cercana”.

¿Por qué es ambigua la UCR? Lo que Halperín Donghi quiere destacar, interpretamos, no es sólo el hecho de que en su organización confluyeron sectores sociales heterogéneos. Al adjetivar de ese modo al radicalismo nuestro autor pretende aludir, más profundamente, al desigual papel que esos diversos sectores desempeñaron en la estructura partidaria. Dicho llanamente: lo que a sus ojos resulta ambiguo es que a un partido de clase media –como sin dudas lo es la UCR– le imprimieran “su tono” los sectores populares, mientras, en contrapartida, en el nivel dirigente ocupaban un lugar importante las clases altas tradicionales. Si ésta era la dinámica que regía el funcionamiento partidario, resulta desde luego ambiguo (esto es: equívoco, inestable y frágil) el lugar que en él ocupaban las clases medias.

Sintetizando, entonces: la ambigüedad del radicalismo consiste en ser un partido de clase media que, en su propia estructura, relegó a la clase media a un papel secunda-

rio, impidiéndole con ello proyectar su hegemonía hacia el conjunto más vasto de la sociedad argentina. En esta medida, puede sostenerse que el radicalismo encerró a la clase media en una trampa (o bien –para decirlo con las figuras retóricas a las que solía recurrir Halperín Donghi– la encerró en un “laberinto” o “callejón”).

Si puede hacerlo, señala el autor en la última oración que citamos, es porque la propia clase media se encuentra aquejada por sus ambigüedades. Halperín Donghi señala que, ya durante “los gobiernos de oligarquía” –a los que la clase media debía su existencia–, ella había tendido “a ver el obstáculo principal a su hegemonía en la existencia de máquinas políticas de clientela plebeya, cuyo funcionamiento no se daba por otra parte sin estridencias” (Halperín Donghi 1995, p. 85). Sancionada la reforma electoral de 1912 y dejado atrás el régimen oligárquico, esa clase volvió a encontrar, en el partido que le era más cercano, no sólo las mismas estridencias plebeyas que había repudiado en las mucho más minúsculas y macilentas maquinarias conservadoras, sino también parte del mismo elenco dirigencial. Esto es lo que explica que la identificación de la clase media con el radicalismo estuviera muy lejos de ser plena. De aquí a subrayar la provisionalidad del vínculo entre ese sector y ese partido hay un solo paso, que es el que el autor pasa desde luego inmediatamente a dar.

En efecto, en los tempranos ensayos de Halperín Donghi sobre el siglo xx argentino puede encontrarse una cronología del devenir de la relación del radicalismo con la clase media. El punto más alto de encuentro entre ambos parece haber tenido lugar inmediatamente después de sancionada la ley Sáenz Peña. Las tensiones que esa alianza tácita albergaba se hicieron sentir muy pronto de diversos modos, hasta que hicieron eclosión en 1928. Este año representa un punto de inflexión clave e insoslayable en el argumento del autor. Halperín Donghi afirma: “fue un partido mucho más popular en su electorado de lo que había sido el radicalismo de 1916 el que devolvió a la presidencia a Hipólito Yrigoyen” (1995, p. 86). Cuando fue reelecto, el viejo caudillo supo concentrar el grueso de la adhesión de los sectores populares; el sector antipersonalista, en contrapartida, “agrupó junto con casi todo lo que en él [el radicalismo] estaba presente de nuestra clase alta tradicional a los dirigentes de clase media en los cuales ésta se podía sentir representada en sus tendencias” (Halperín Donghi 1995, p. 85). En 1928, por lo tanto, la escena pública se encuentra por primera vez dominada por un clivaje político (yrigoyenismo-antiyrigoyenismo) que es, al mismo tiempo, un nítido e incontestable clivaje social (sectores populares, de un lado, y sectores medios y altos, del otro).

¿Nos encontramos, entonces, en 1928 con un escenario similar al de 1945? Quizá convenga no apresurarse demasiado: si las líneas de división social son efectivamente las mismas, no lo serán, en cambio, los canales políticos a través de los cuales ellas se expresarán. Según Halperín Donghi, el radicalismo yrigoyenista, que a fines de los años veinte aparece súbitamente transformado en partido popular, no se había, en cambio, “renovado en ideología, y sólo muy superficialmente lo había hecho en programa” (1995, p. 86). Es decir, si el yrigoyenismo en 1928 es un movimiento de clase por su com-

posición social, no lo es por su ideario político, que no refleja su nueva configuración popular. Pero ese radicalismo que seguía aceptando “la hegemonía de la clase terrateniente” se aislaba peligrosamente “de los sectores incorporados desde más antiguo a la vida política”; entre esos sectores hallamos a la aristocracia terrateniente y también, dice nuestro autor en un pasaje cuya relevancia es difícil exagerar, “a una clase media a la que la democracia de sufragio universal parece privar del papel políticamente hegemónico que esperaba del futuro” (Halperín Donghi 1995, p. 86).

Son múltiples las consecuencias que se desprenden de este aserto. Se encuentra allí sugerida una hipótesis clave. El argumento global de Halperín Donghi pareciera ser el siguiente: comienza sugiriendo que la clase media acompañó la reforma electoral de 1912 porque confió en que ella, al desplazar a las maquinarias plebeyas que dominaban la política durante el “Régimen”, depositaría en sus manos una hegemonía que ya se creía en condiciones de alcanzar.⁵ Sin embargo, dicha clase muy pronto se encontró con que la democracia correctamente practicada fue un terreno fértil no para la desaparición, sino para el crecimiento exponencial de esas maquinarias. Hacia 1928, ella ya pudo caer en la cuenta de que no podía esperar mucho de la democracia: las expresiones políticas en las cuales entonces se guareció, reunidas en torno a la fórmula anti-personalista, se demostraron por completo incapaces de ofrecer contrapeso alguno al aluvión yrigoyenista. La decepción que entonces la clase media experimentó abrió un hiato entre ella y la democracia de sufragio universal.

Halperín Donghi no se explaya sobre la profundidad de ese hiato. La clase media, que ocupa un lugar central en su mirada sobre las primeras décadas del siglo xx, llamativamente se desdibuja como actor relevante cuando traza el cuadro de la economía, la sociedad y la política en los años treinta. Apenas se puede entrever algo del ánimo con que este sector social atravesó el período de la “primera restauración” cuando el autor habla del “conformismo de las mayorías golpeadas a la vez por una coyuntura económica hostil y una organización política orientada en su daño” (Halperín Donghi 1995, p. 107). Para Halperín Donghi, el conformismo de “las mayorías” es a tal punto la nota dominante de la época que llega a definir los treinta como los años en que “el pulso de la vida política alcanzó un tono insólitamente bajo” (1961, p. 135). En este marco, la coyuntura abierta con el golpe de Estado de junio de 1943 marcó un contraclímax

5 Esta idea de la existencia de una clase media ya formada hacia la segunda mitad del siglo xx y que cuenta con la suficiente madurez como para aspirar a tomar en sus manos los destinos del país tendría larga pervivencia en los ensayos de Halperín Donghi. En *La larga agonía de la Argentina peronista* podemos todavía leer en este sentido: “Entre los intelectuales y profesionales surgidos de las nuevas clases medias predominan quienes (...) coinciden en denunciar la vacuidad del ideario radical. Dejados de lado por una reforma electoral que -al hacer súbitamente verdad el sufragio universal hasta entonces tergiversado en los hechos- aseguró que la Argentina iba a pasar de largo por esa etapa en la marcha hacia la democracia que es la de participación limitada. Su perplejidad ante las opciones planteadas por un orden político tan distinto del que se les había enseñado a esperar los llevaría en 1930, en 1945, en 1955, en 1973 a poner su peso (...) en favor de salidas disruptivas de signo muy variado, que iban a tener sin embargo en común acudir a instrumentos de cambio distintos del sufragio universal” (1994, p. 14).

fenomenal. El modo en que nuestro autor analiza lo que allí tuvo lugar excede desde luego nuestro tema.⁶ Señalemos aquí simplemente un elemento que nos sirve para cerrar la cronología esbozada antes. Dice Halperín Donghi cuando hace referencia al autoritarismo del régimen militar implantado tras el derrocamiento de Castillo:

Aún la disolución de los partidos políticos parecía favorecer involuntariamente las posibilidades de esa clase media; en lugar de la máquina radical, que ponía a una clientela excesivamente plebeya al servicio de dirigentes a veces reclutados en los sectores más arcaicos de nuestras clases altas tradicionales, en lugar de ese partido de clase media con el cual nuestras clases medias nunca lograron identificarse plenamente, enfrentaban ahora al gobierno organizaciones que eran expresión más directa de ellas, desde los colegios profesionales nacionales y provinciales hasta asociaciones culturales y centros de comerciantes de pequeñas ciudades provincianas (1972, p. 46).

Si en 1928 el único canal que los sectores medios encontraron para expresar su descontento fue el de una fracción disidente de la propia UCR, en 1945 ellos se liberaron de toda representación partidaria y pasaron a actuar directamente en la alta política. Podría entonces pensarse que para esa clase media el golpe de junio fue algo similar a lo que Juan Carlos Torre describe para los sectores populares: “En el pasado”, señala Torre, “el lugar político de las masas obreras estaba en los séquitos populares de los partidos tradicionales (...) Aquello que emerge en primer lugar de la movilización de masas del 17 de octubre es una suerte de exorcismo colectivo -el acto de liberación por el cual los sectores obreros rompen con los antiguos lazos que caucionaban sus lealtades-” (1989, p. 533). Siguiendo a Halperín Donghi y tomando las palabras de Torre, podría decirse que también para las clases medias la coyuntura abierta en 1943 fue una suerte de “exorcismo colectivo” que las llevó a romper amarras con la representación partidaria que hasta ese momento había “caucionado sus lealtades”.

Los paralelismos entre un sector y otro, sin embargo, empiezan y terminan allí: mientras los trabajadores encontraron en el peronismo una nueva identificación política que tuvo su propia cristalización partidaria, los sectores medios no crearon nuevas identidades ni nuevos partidos políticos; concurren a las elecciones de febrero de 1946 detrás de una fórmula radical que seguía presa de su ambigüedad entre el excesivo plebeyismo y el arcaísmo de su clase alta tradicional.

REPÚBLICA POSIBLE Y REPÚBLICA VERDADERA: HACIA UN PRINCIPIO INTERPRETATIVO ALTERNATIVO

Señalamos al inicio de este artículo que el análisis de la política en función de la estructura económico-social fue la principal pero no la única manera en que Halperín Donghi examinó en sus tempranos ensayos el siglo xx argentino. Encontramos un

6 Sobre la relación entre clase media y peronismo en la obra de Tulio Halperín Donghi, puede consultarse Javier Trímboli 2016. Específicamente sobre el peronismo en dicha obra, puede verse la bibliografía citada al comienzo de este trabajo.

enfoque alternativo (sugerido antes que desarrollado, conviene aclarar) en el artículo publicado en *Contorno* en su número inmediatamente posterior a la caída del peronismo. Lo que resulta enormemente significativo de esta intervención no es sólo el hecho de que aparezca allí un principio de lectura eminentemente político del proceso, sino también que sea en esa fecha tan temprana cuando ya veamos elaboradas las categorías que cuatro décadas más tarde -cuando Halperín Donghi se aboque al estudio del período en términos más historiográficos que ensayísticos- organizarán por entero su mirada y su análisis. Nos referimos, claro está, a los conceptos de “República posible” y “República verdadera”.

En el ensayo de *Contorno*, Halperín Donghi señala que “los grupos dominantes luego de 1930 buscaron restaurar una república conservadora”, para lo cual acudieron al fraude. Sin embargo, el objetivo de esos grupos estuvo lejos de lograrse, en tanto, en lugar de recrear el orden anterior a la Ley Sáenz Peña, ellos contribuyeron con el falseamiento electoral a generar una situación nueva, tanto en lo económico como “también en lo político”. Y continúa:

...antes el grupo gobernante conservador había pretendido actuar en nombre de una voluntad popular ausente, y su gestión estaba destinada a tornarla cada vez menos ausente; en palabras de Alberdi, la apenas republicana república posible abría el camino para la república verdadera. Ahora la república verdadera quedaba atrás; a los ojos de los nuevos dirigentes la experiencia democrática había sido concluyente, y no se trataba ya de preparar el nacimiento de una efectiva voluntad popular, sino de contrarrestar una voluntad juzgada radicalmente incapaz de gobernar (Halperín Donghi 1995, p. 27).

Halperín Donghi toma de Juan Bautista Alberdi el par conceptual república posible - república verdadera y lo reelabora con la finalidad de dar sentido a toda una experiencia histórica. Este gesto luego se volvería frecuente en sus trabajos y se tornaría toda una herramienta heurística. Muy a menudo, se ha señalado su reticencia al uso de conceptos. Creemos que esto es exacto sólo en la medida en que refiera a su reluctancia a “aplicar” categorías extraídas de determinados paradigmas teóricos. Pero esa actitud no conlleva un rechazo *in toto* a la construcción de categorías analíticas. La diferencia estriba en que Halperín Donghi suele extraer esas categorías no de teorías predeterminadas, sino de la propia experiencia histórica y del propio lenguaje utilizado por los actores.⁷ Si, en efecto, Halperín Donghi guarda una seria desconfianza hacia la introducción de nociones ajenas al universo conceptual que investiga, en contrapartida, se siente extremadamente cómodo recuperando las voces de los sujetos que intervienen en el drama de la historia. De allí su maestría en el difícil arte de componer obras que incluyen compendios documentales que recogen testimonios de quienes protagonizaron los procesos investigados.

7 Hilda Sabato ha llamado la atención sobre “el uso que [Halperín Donghi] hace de las voces del pasado para estructurar sus propios argumentos”; y señala en este sentido: “Las opiniones vertidas por los contemporáneos, sus diagnósticos, propuestas y críticas no le sirven sólo como insumo informativo para su análisis, sino que le proveen imágenes, fórmulas retóricas y categorías que incorpora a su escritura” (Sabato 2015, p. 40).

Los términos “República posible” y “República verdadera” forman parte de esas expresiones testimoniales devenidas conceptos por la intervención del analista.⁸ Son categorías estrictamente políticas, que aluden a la cuestión de la soberanía. Específicamente, ellas apuntan a desentrañar cómo se figura el lugar del pueblo en esta nación que, desde su independencia, decidió asumir la forma republicana de gobierno, haciendo por ende del pueblo el sujeto fundante del orden político. Esto no implica, desde luego, que éste *se hiciera efectivamente presente* en las elecciones, en la plaza pública o en las barricadas. Significa, antes bien, que la voluntad popular devino en el principio operativo fundamental de la vida pública, y que, para bien o para mal, los actores políticos, en su concreta actuación, debieron empezar a lidiar con ello. Es decir, debieron lidiar con la inerradicable presencia del pueblo. De allí que su ausencia sea, en rigor, imposible.

En la “República posible”, en efecto, el pueblo no está ausente: está presente en su ausencia. Halperín Donghi (tal es nuestra interpretación) quiere llamar la atención sobre esa falla estructural, y sobre el peculiar modo en que ésta encuentra manera de, contingentemente, suturarse. La de Alberdi fue una respuesta que enfatizaba la dimensión temporal tanto del problema como de su resolución: se aceptaba en el presente la privación de los derechos políticos para las mayorías, pero sólo en tanto iba acompañada de la promesa de un cabal reconocimiento de esos derechos en el futuro.

Esa solución, explícita en Alberdi e implícita en gran parte del personal político de la república oligárquica, configuró todo un sistema de poder en el cual el conjunto de los actores sociales y políticos que en él participó halló lugar de emplazamiento. El advenimiento de la República verdadera trastocó radicalmente los cimientos sobre los que se asentaba el régimen anterior. El par conceptual elaborado por Halperín Donghi conlleva en efecto la idea de una discontinuidad muy profunda entre dos épocas. Los alcances de dicha ruptura y los caracteres asumidos por el régimen que sustituyó a la República posible fueron problematizados por Halperín Donghi, sin embargo, recién en la última etapa de su producción intelectual. De esto nos ocupamos en la próxima sección.

EL RADICALISMO Y LA REPÚBLICA VERDADERA (I): UN PARTIDO FUERA DE SU TIEMPO

Hacia fines de los años noventa, Halperín Donghi situaría en el centro de su agenda de investigación el período 1910-1930. En su visión, estos años se recortan como una

8 Dicho par conceptual alcanzó una elaboración sistematizada y rigurosa en el prólogo (por varios motivos memorable) a *Campaña en el Ejército Grande* que Halperín Donghi publicó apenas un año después que el artículo de *Contorno* (cfr. Halperín Donghi 1958). Sobre la base de ese prólogo, reconocidos historiadores revisarían, a partir de los años setenta, el período comprendido entre el ochenta y el Centenario (emblemáticamente, Botana 1977). En los años ochenta, el propio Tulio Halperín Donghi (1980) se valió de ese par conceptual para analizar los “treinta años de discordia” comprendidos entre Caseros y el Ochenta; resulta significativo que *Proyecto y construcción de una Nación* concluya señalando las dudas que la generación surgida con Roca guardará respecto a la República verdadera (Halperín Donghi 1980, p. CI). Según veremos, este elemento ocupará un lugar de primer orden en sus estudios posteriores.

unidad que si, por un lado, resulta muy nítida, por el otro, no deja de ser problemática. Situar en 1930 un punto de inflexión, lo hemos visto ya, no representa en él nada novedoso: siempre que se refirió al siglo xx argentino señaló como tal esa fecha.⁹ Lo que quizá antes no había apuntado con la misma firmeza es la consideración del Centenario como un momento de quiebre igualmente significativo (aunque, como señalamos, algo de esto ya se podía atisbar detrás de la contraposición planteada por el par conceptual república posible - república verdadera). Sería recién con la publicación en 1999 de *Vida y muerte de la república verdadera* cuando sabríamos qué tan profundos fueron para él los alcances y las consecuencias de esa divisoria.

En las páginas iniciales de dicho volumen, Halperín Donghi refiere a un cambio epocal en lo que significa “pensar la Argentina” producido hacia 1910. Hasta entonces, señala el autor, “quienes habían reflexionado sobre este rincón de las Indias en que había paulatinamente aflorado una nación habían visto en él un objeto” pasible de ser transformado en las direcciones establecidas por ellos de antemano (1999, p. 15). En ese contexto, pensar la Argentina había significado “articular programas” de transformación progresiva del país. Lo cual tenía para el analista la enorme ventaja de hacerle posible “organizar en torno a un foco problemático esencialmente político exploraciones que por contar con ese foco” podían volcarse a los cuadrantes más variados de la vida social sin perder por ello su unidad (1999, p. 15).

La etapa que se abre con el Centenario presenta rasgos novedosos a este respecto. Nos encontramos ahora con una proliferación de temas y problemas provenientes “de una sociedad que en efecto se estaba tornando más capaz de iniciativa” (1999, p. 16). Si en el pasado el cuerpo social había sido un *objeto* pasible de ser moldeado desde arriba por la política y la guía que a ella le ofrecían los letrados e intelectuales, ahora ese cuerpo reclamará con cada vez mayor éxito su condición de *sujeto* con capacidad de agencia. He aquí el primer cambio de peso: la sociedad ya no podrá pensarse como susceptible de ser moldeada y modificada de acuerdo a planes esbozados de antemano por las elites estatales e intelectuales.¹⁰ A tal punto cobra relevancia la actividad del

9 Por el contrario, lo que llama la atención a este respecto es la persistencia con la que sostuvo esta postura. En la “Advertencia” que oficia de prólogo a *Vida y muerte de la república verdadera*, Halperín Donghi señala que en el proyecto original ese volumen de la Biblioteca del Pensamiento debía cubrir el período 1910-1944, y que “una de las razones” por las cuales decidió finalizarlo en 1930 fue que el material reunido en la antología documental hubiese desbordado las dimensiones previstas por la serie (1999, p. 16). Esas palabras dejan saber que hubo, además, otras razones, sobre las cuales el autor no se explaya, pero que es posible conjeturar que guardan relación con su rechazo a comprender unitariamente las tres décadas que separan la sanción de la Ley Sáenz Peña de la emergencia del peronismo. Halperín Donghi fue, de este modo, renuente a aceptar la noción de “entreguerras” con la que, entre otros, Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero (2007) habían decidido estudiar la etapa comprendida entre el Centenario y el peronismo. Sobre este punto, véase Hora 2018, pp. 18-19.

10 Quienes reflexionan sobre el país, dice Halperín Donghi, verán en la etapa que se abre con el Centenario “su antiguo papel de guías de la nación reducido al de meros testigos y copartícipes de la vida nacional” (1999, p. 15). El modo en que Halperín Donghi analiza lo que sucede con los intelectuales con el advenimiento de la República verdadera guarda estrecha relación, creemos, con un tema clásico de su

cuerpo social que ahora será éste el que “invadirá” la política, de suerte que ésta ya no podrá ofrecer un foco lo suficientemente abarcativo como para cubrir con su mirada el conjunto de la dinámica social.

Por añadidura, esa sociedad que se activa está recorrida por una gran heterogeneidad. Se trata, dice Halperín Donghi, de un “coro mal acordado”, de una “poco armónica polifonía en que se mezclan demasiadas voces y ninguna logra emerger como dominante” (1999, p. 16). Son dos, interpretamos, las fuentes de las que esta polifonía abrevia, y que se encuentran en el centro de todo el esquema conceptual del autor. La primera alude a un proceso local: se trata de la democratización que tuvo lugar en nuestro país bajo los auspicios de la Ley Sáenz Peña. Muy lejos de las posturas que relativizan el impacto de la nueva ley electoral, Halperín Donghi sostiene que con ella se produjo un cambio que fue mucho más allá de afectar la lógica de funcionamiento de los partidos políticos; se trató de una profunda reestructuración de la vida colectiva, por la cual grupos que hasta entonces habían ocupado un lugar por completo subalterno pasaron a ser considerados miembros de pleno derecho de la comunidad, y en función de ello, intervendrían con mayor protagonismo en la vida pública.

La segunda fuente remite a un proceso mucho más general, que encuentra epicentro en Europa y que tiene impacto decisivo en nuestro país. Se trata de la erosión del consenso liberal y democrático que había marcado como ideal el norte de nuestra vida independiente y que, cuando aquí se tomó la decisión de hacerlo plenamente realidad, se descubrió que los países que nos habían servido de ejemplo estaban abandonándolo para no reemplazarlo por nada edificante. La crisis de ese consenso introduciría una cuota importante de debilidad en la experiencia democrática que estaba por iniciarse. Señala el autor en uno de los pasajes que consideramos centrales del libro:

...en la etapa que ahora se abría no habría de perfilarse ninguna visión del mundo y del país capaz de sustituir a la que había subtendido la construcción de la Argentina moderna. Iba a ser ésta una carencia duramente sentida, no sólo porque ponía en evidencia hasta qué punto la República verdadera había perdido la firmeza de rumbo que aun en medio de los más dramáticos altibajos había sabido conservar la República posible, sino porque permitía adivinar algo quizá aún más grave, a saber, que se había disipado ese sustancial acuerdo sobre los fundamentos y fines últimos de la experiencia histórica argentina, hasta tal punto dado por supuesto hasta entonces que su presencia sólo iba a descubrirse retrospectivamente, junto con el vacío que dejaría al disiparse. (Halperín Donghi 1999, pp. 86-87)

Si en términos políticos el quiebre del consenso que hasta entonces había guiado los destinos del país iba a ser “duramente sentido”, en otras áreas esa ruptura tendría consecuencias por demás fructíferas. Halperín Donghi considera, en efecto, a la primera posguerra como una etapa particularmente fértil en el terreno de las ideas y la creación cultural. En otro de sus textos, señala que la desorientación ideológica

obra: el de los letrados que nacieron y se formaron en el régimen colonial y que con las revoluciones de independencia vieron drásticamente modificado el escenario en el que actuaban, viéndose obligados a encontrar un nuevo lugar para su oficio (véase, al respecto, el conjunto de trabajos reunidos en Halperín Donghi 2013).

sobrevenida con el fin de la Gran Guerra “no se debió tan solo a la erosión de las certidumbres que habían dominado la etapa anterior”, sino que “fue a la vez la contracara de una inmensa ampliación del horizonte de ideas y de cultura”; de aquí que le parezca totalmente adecuada la evocación de José Luis Romero de “esa década de los años veinte ante cuya efervescencia empalidecen los años del llamado Renacimiento” (Halperín Donghi 2004, p. 16).

A los fines de nuestro interés, estas consideraciones resultan relevantes porque nos ayudan a entender el lugar que, en su análisis, nuestro autor reserva para Yrigoyen y su partido radical. Lo primero que conviene destacar a este respecto es que ese lugar será, si no marginal, bastante lateral. La República verdadera es para Halperín Donghi, lo dijimos, una etapa esencialmente polifónica, en la que ninguna voz logra imponerse por sobre las demás. En consonancia con ello, la voz de Yrigoyen no sería considerada la voz dominante del período, sino sólo una más entre las tantas otras que contribuyeron a formar ese coro un tanto desafinado que fue la República verdadera.

Sería la de Yrigoyen, por añadidura, una voz que contribuiría a poner de manifiesto cuán honda pudo llegar a ser entonces la desentonación de dicho coro. En los años de febril creatividad intelectual de la primera posguerra, llama poderosamente la atención de Halperín Donghi que quien se erigiese como figura más destacada en el ámbito político fuese un viejo caudillo que decidió conservar su prédica y su mensaje deliberadamente al margen de toda innovación ideológica. Yrigoyen, en efecto, estuvo muy lejos de dejarse seducir por alguna de las nuevas ideas que se desprendieron del fracturado consenso ideológico liberal. Pero hay todavía más: porque no es sólo que al líder radical le fueron ajenos los proyectos surgidos del ferviente clima postbélico, sino que en él tampoco parecen haber dejado huella aquellos mucho menos osados elaborados bajo el signo del positivismo de los años ochenta.

Halperín Donghi destaca, en efecto, la importancia que en Yrigoyen tuvo el contexto en el cual forjó sus primeras armas en la política.¹¹ Nuestro autor nos recuerda que Hipólito Yrigoyen se había iniciado en la actividad partidaria en los años 70, bajo la guía de su tío Leandro Alem, formando en las filas del autonomismo porteño. El cargo de comisario de Balvanera, que en esos años ejerció, le permitió conocer de primera mano los mecanismos de producción del sufragio puestos en práctica por las consolidadas maquinarias políticas de la época. La “cultura política” que enmarcaba esas prácticas

11 El modo en que Halperín Donghi analiza aquí el ideario del líder radical recuerda en este punto el procedimiento que había seguido para estudiar a Juan D. Perón (Halperín Donghi 1993). Como lo señala el título de ese trabajo, la pregunta que guía el análisis es por el “lugar” que ellos ocupan en la “tradición política argentina”. Resulta significativo que tanto para Yrigoyen como para Perón, Halperín Donghi señale las fuertísimas continuidades que ellos guardan respecto a tradiciones decimonónicas. Para ambos casos también señalará la persistencia de un unanimismo reñido con la institucionalidad liberal-democrática. Sin embargo, marcará entre ellos una diferencia de peso: mientras que “el lógico punto de llegada de la línea argumental favorecida por el jefe del radicalismo” no hubiese sido el totalitarismo, “en el peronismo”, en cambio, “la reconstrucción del sistema político avanzó sobre líneas políticas que llevadas a sus últimas consecuencias hubiesen desembocado en una propuesta totalitaria” (1993, p. 40).

reflejaba, dice Halperín Donghi, “un culto sin fisuras a una tradición democrática que llevaba adelante la identificación con la voluntad popular como fuente de toda salud” (1998, p. 20). Lo curioso, según nuestro autor, es que desde la política se cantaban loas al pueblo, pero éste “muy sensatamente no votaba” (1998, p. 20). Las máquinas electorales movilizaban, en efecto, a una porción muy reducida de la ciudadanía. Pese a ello, esas máquinas no abandonaban la fe en que “ya vendrá el pueblo”. Según Halperín Donghi, todo esto reflejaba una “muy modesta” visión de la política.

Es esta modestísima visión la que moldeó el imaginario político de Yrigoyen. Y lo hizo con tanta fuerza que permaneció inamovible a lo largo de toda su vida política. Halperín Donghi recupera una afirmación de Sánchez Viamonte para dar cuenta de esto; según el político socialista, “Yrigoyen era cronológicamente un hombre de la generación del 80, pero un hombre para el cual la generación del 80 no había existido”; en efecto, hasta el fin de sus días –interpreta Halperín Donghi siguiendo a Sánchez Viamonte– Yrigoyen vivió “espiritualmente en 1870” (1998, p. 20).

Lo que Halperín Donghi vuelve entonces ahora a destacar –aunque no lo haga centrando el foco en la estructura de clases (como lo había hecho cuatro décadas antes) sino en la dimensión estrictamente política del liderazgo radical– es el carácter fundamentalmente anacrónico de Yrigoyen. Se trata para él de un personaje del siglo XIX enclavado misteriosamente (enigmáticamente) en un lugar central de la política argentina en pleno siglo XX. Pero lo que hace del viejo caudillo radical un caso verdaderamente curioso –y, más todavía, extravagante– no es tanto que tuviese una visión política añeja, sino que articulase esa visión a través de un lenguaje místico parecido al del líder de una secta. Halperín Donghi subrayará la extravagancia de ese rasgo acudiendo a figuras religiosas, tomadas casi todas ellas del mundo oriental: dirá que los textos de Yrigoyen “parecen más adecuados a la prédica de un ayatollah que a la de un jefe de partido moderno” (1993, p. 40); lo asimilará a un “derviche musulmán” (1999, p. 203); dirá que entabla con sus seguidores una relación “de Maestro Sen a discípulo” (1998, p. 18), y que más a menudo de lo esperable recurre a evocaciones “casi de Cristo predicando en Galilea” (1998, p. 16).

En la risa que inevitablemente despiertan estas imágenes (ayatollah, derviche, maestro zen, Cristo en Galilea) aprehendemos algo de la distancia radical e inconmensurable que existe entre las expectativas con que la elite reformista encaró la reforma electoral y lo que de ella surgió: el principal argumento de Sáenz Peña para promover el sufragio universal había sido que éste haría posible el advenimiento de una política verdaderamente *moderna*, organizada en torno a partidos de ideas que transmitirían de modo fiel al Estado y al sistema político las demandas de una sociedad en transformación. El resultado de la aplicación sincera del sufragio no pudo estar más lejos de esa expectativa: quien se erigió en principal beneficiario del sufragio libre y universalmente practicado fue un líder que no sólo rechazaba de plano rebajar su mensaje al profano lenguaje de los programas partidarios, sino que muchos incluso dudaban de su apego a la misma modernidad.

Por añadidura, esas imágenes nos hablan de otros dos rasgos que también destacará Halperín Donghi en su caracterización del líder radical. El primero es la relación vertical y, en el límite, “autoritaria”, de Yrigoyen con sus seguidores. Es éste un elemento novedoso en tanto en la República oligárquica existía lo que Halperín Donghi denomina “igualitarismo aristocrático” (1998, p. 16), que consistía en la tendencia presente entre los notables a no admitir que uno de ellos se colocara en posición de radical superioridad frente al resto de los hombres públicos. Ese igualitarismo aristocrático se quiebra con la irrupción de Yrigoyen. El vínculo que el caudillo establecerá con sus seguidores será, en contrapartida, uno de pura verticalidad.

El segundo rasgo al que esas imágenes nos remiten es obvio y notorio: se trata del componente de religión civil que el líder radical imprimió a su movimiento y que estuvo en la base de la sólida identidad que supo erigir. Éste es uno de los elementos que explican la masividad de la UCR. El otro es su capacidad para administrar una máquina electoral. Halperín Donghi, en efecto, señala que la principal virtud del líder radical, su más destacado mérito, residió en su “suprema habilidad táctica” (1999, p. 201), un saber-hacer aprendido en sus años de comisario barrial al servicio de una reducida máquina política, que luego se reveló extraordinariamente eficaz para un contexto de democracia ampliada: luego de 1912 Yrigoyen supo acaudillar un partido de masas con alcance nacional como antes lo había hecho sobre los acotados márgenes de Balvanera.

Al hacerlo, lo que hasta el momento había sido el imaginario de unas minúsculas facciones políticas se proyectó en una ideología de masas, forjando así una tradición política poco dispuesta al disenso y al pluralismo que gravitaría de modo decisivo en el devenir posterior del siglo xx. A través del yrigoyenismo, por lo tanto, Halperín Donghi subraya una continuidad entre la cultura política porteña posterior a Caseros y la política argentina de masas del siglo xx: la nota común a ambas es el unanimismo, que impide reconocer en el opositor a un adversario legítimo. Se encuentra allí el origen de una de las principales falencias de la democracia argentina.¹²

EL RADICALISMO Y LA REPÚBLICA VERDADERA (II): UN PARTIDO EN SU TIEMPO

Ahora bien, si estos elementos tienen un lugar central e insoslayable dentro del argumento construido por el autor, no deben pasarse por alto otras consideraciones que contribuyen a brindar un cuadro –llamémosle provisoriamente así– más variopinto del radicalismo y de su principal líder. Por caso, la responsabilidad última del naufragio de la primera experiencia democrática no descansa para Halperín Donghi en el radicalismo ni en Yrigoyen. Al finalizar el capítulo que dedica al líder radical en *Vida y muerte*

12 En la *Larga agonía de la Argentina peronista*, Halperín Donghi ya había adelantado esta idea. Sostuvo allí “Si hay un rasgo que caracteriza a la vida política argentina hasta casi ayer, es la recíproca denegación de legitimidad de las fuerzas que en ella se enfrentan (...) Si ese rasgo alarmante se hace patente sólo a partir de 1930, lo que desde entonces aflora ha sido ya preparado por la experiencia política inaugurada con la Ley Sáenz Peña” (1994, p. 12).

de la República verdadera, nuestro autor se pregunta si “fue el triunfo de esa peculiar visión política el que condenó al fracaso a la experiencia democrática abierta en 1912”. Y enseguida responde: “casi todas las experiencias democráticas arrastran contradicciones que llevadas al límite las tornarían insostenibles; y es un hecho que en la Argentina de la década de 1920 ese límite estuvo lejos de alcanzarse” (Halperín Donghi 1999, p. 205). A continuación, afirma que el derrumbe de la República verdadera se debió en rigor al ingreso de dos nuevos actores: el ejército y la nueva derecha autoritaria.¹³

En el mismo sentido, podemos señalar que Yrigoyen no fue para Halperín Donghi el único dirigente de relevancia de la República verdadera que se valió de categorías del pasado para interpretar el nuevo contexto en que le tocaba actuar. El anacronismo fue un rasgo muy extendido en el período. Y es, de hecho, una de las principales claves heurísticas que el autor utiliza para analizarlo. Esta cuestión, que es de una relevancia difícil de subestimar, puede formularse así: el pasaje de la República posible a la República verdadera significó una profunda ruptura. La democratización trastocó radicalmente la relación entre Estado y sociedad de suerte tal que ésta dejó de ser un objeto pasible de ser moldeado desde arriba para convertirse en un sujeto con capacidad de influir en los destinos públicos. Fue éste un cambio drástico, del que no parecen haber sido del todo conscientes ni siquiera quienes lo promovieron.

¿Hasta qué punto el elenco dirigente de la República verdadera mantuvo una práctica y un discurso acordes a esa mutación? La respuesta que Halperín Donghi iría ofreciendo con el sucesivo análisis de las principales figuras y fuerzas políticas de la etapa que analiza sería clara. Del segundo presidente radical, por ejemplo, diría:

A juicio de Alvear la instauración de la República verdadera no impone ningún reajuste en las relaciones de Estado, política y sociedad, pese a que lo que había justificado esa transición era la noción de que esta última, alcanzada su mayoría de edad, era ya capaz de constituirse en interlocutora de pleno derecho del Estado; la tarea de éste sigue siendo, como en la etapa dejada atrás, ajustar a aquélla al modelo que, ahora como antes, es su misión enraizar en tierras argentinas. (1999, p. 154).

Al hablar del ministro de Guerra de Alvear, Halperín Donghi sería todavía más enfático, al punto de caer en la *boutade* de comparar a Agustín Justo con quien, décadas más tarde, se convertiría en líder de la revolución cubana.¹⁴ Tampoco el referente máximo

13 Si de adjudicar responsabilidades se tratase, los militares y los corifeos del nacionalismo autoritario serían, pues, a quienes primero podría sentarse en el banquillo de acusados. Pero no creemos que esto sea lo que a nuestro autor le interese por sobre todo enfatizar. En rigor, la explicación sobre el pronto fin de la República verdadera descansa, a nuestro criterio, en aquélla variable más sistémica que Halperín Donghi había destacado antes, y que aludía a la súbita disipación del “sustancial acuerdo sobre los fundamentos y fines últimos de la experiencia histórica argentina” sobrevinida con el quiebre del consenso liberal-democrático en los años inmediatamente posteriores al Centenario. En definitiva, el surgimiento de aquellos dos actores no puede explicarse sin esa ruptura previa, de la cual ellos son al mismo tiempo síntoma y manifestación.

14 “Para Justo”, señala el autor, “la revolución desde arriba primero encarnada en Sarmiento y Mitre no ha completado su cometido (...) en este punto el abanderado de una revolución desde arriba que

del socialismo, Juan B. Justo, actuó con coordenadas acordes a la situación imperante tras la democratización; afirma sobre él nuestro autor: “Justo reclama del Congreso que siga desempeñándose como uno de los órganos a través de los cuales el Estado ha de seguir actuando en el papel de árbitro independiente de las fuerzas sociales, que ya había reivindicado para sí durante la República posible” (Halperín Donghi 1999, p. 155). De Lisandro de la Torre, por su parte, Halperín Donghi destacaría la persistencia de un discurso construido más para dirigirse a los notables que a las masas (1999, p. 53).

En conjunto, entonces, la imagen que se desprende de *Vida y muerte de la república verdadera* es la de una virtual omnipresencia de figuras públicas que asisten a una radical reconfiguración del escenario en el que actúan, sin que acierten a comprender cabalmente cuál es la nueva situación en que se encuentran. Hay un desajuste entre –digámoslo así– “realidad” y “pensamiento” que torna el anacronismo en un rasgo que excede largamente al principal referente radical.

Es cierto, sin embargo, que en Yrigoyen pareciera exacerbarse dicho rasgo, en tanto él reactiva gramáticas discursivas y prácticas todavía anteriores a las vigentes bajo la República posible. Y esto da lugar a algo extremadamente paradójico, porque es él quien mayores éxitos logra en el marco de la República verdadera, no sólo en el terreno electoral, sino también en áreas que entonces adquirieron inusual complejidad, como el conflicto social. Al respecto, señala Halperín Donghi:

El desconcierto frente a una situación que tornaba irrelevantes las respuestas que derecha e izquierda habían madurado largamente frente al conflicto social contribuía a alimentar la hostilidad frente a un radicalismo que, precisamente porque no hacía suya ninguna de esas dos respuestas, se revelaba más capaz de encontrar su rumbo en un marco social rico en matices inesperados” (1999, p. 190).

Creemos relevante destacar esta cuestión porque contribuye a matizar aquella idea –predominante tanto en el artículo publicado en *Prismas* como en el capítulo que Halperín Donghi dedicó a Yrigoyen en *Vida y muerte de la República verdadera*– de que el único motivo que explica el éxito en las urnas del radicalismo es la eficacia con que su líder supo administrar una poderosa maquinaria electoral. Desde la gestión de gobierno, la UCR desplegó iniciativas que le permitieron “encontrar su rumbo” y ganarse el favor de la ciudadanía.

Entre esas iniciativas, fueron de especial importancia las que contribuyeron a aumentar el ingreso de los sectores populares. Halperín Donghi se refiere con particular énfasis a la ley de salarios mínimos para los empleados públicos sancionada en 1921. Dicha ley hizo más que aumentar los ingresos del sector trabajador estatal: dado que los empleos públicos solían tener como requisito el título universitario, muchos jóvenes de los sectores populares “que antes no habían conocido otro destino que llenar los claros dejados por sus predecesores en los niveles más bajos de la pirámide ocupa-

ambiciona perpetuarse en una revolución permanente no está demasiado lejos de Fidel Castro que proclamaría ‘dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada’” (Halperín Donghi 1999, p. 212).

cional” decidieron cursar estudios superiores (Halperín Donghi, 1999, p. 189). Esa ley contribuyó, de ese modo, a la generación de una mano de obra con mayor calificación, la cual esperaba obtener mayores salarios también en el ámbito privado. La conclusión del autor es por demás relevante; señala: “a la democratización política cabe parte del mérito (...) por la febril transformación de una sociedad que está en ese mismo momento improvisando una vasta clase media” (1999, p. 189).

Habíamos visto que, tanto en sus tempranos ensayos de los años 50 y 60 como todavía en *La larga agonía de la Argentina peronista*, Halperín Donghi había reservado un lugar central para la clase media. En esos trabajos, ésta aparecía como la víctima de una democratización política que le había arrebatado una hegemonía que, para la época del Centenario, ella ya se creía en condiciones de alcanzar. En *Vida y muerte de la República verdadera* la imagen que Halperín Donghi sugiere (usamos este verbo porque la clase media sería relegada ahora a un lugar bastante marginal en el análisis y no es del todo sencillo reconstruir las hipótesis que el autor construye sobre ella) es la de unos sectores medios que no sólo no tienen “objetivamente” intereses contrapuestos a la democratización, sino que le deben incluso a ésta –al menos en gran medida– su existencia. Por otra parte, resulta también significativo que el autor haga referencia a la “improvisación” de esa clase; con ese término, creemos, Halperín Donghi está llamando la atención respecto a la mayor fragilidad de ese sector social. Lejos de una clase consolidada y con la clara consciencia de un proyecto político, ahora nos encontramos con unos sectores en incipiente formación, con bases menos sólidas en la economía y en la sociedad. Sin lugar a dudas, el contexto en el que fue escrito el libro, que mostraba a una Argentina sumida en una nueva crisis que amenazaba liquidar lo que quedaba de unos sectores medios que a duras penas habían resistido embates del pasado, llevaba al autor a revisar su juicio respecto a la solidez de ese sector social.

Antes de finalizar, nos interesa abordar una última cuestión. Cuando reconstruimos los argumentos sobre el radicalismo esbozados por Halperín Donghi en sus tempranos ensayos sobre el siglo XX, señalamos cuán profundo había sido para él el quiebre producido en 1928. En *Vida y muerte de la República verdadera*, ese año ya no aparece tan marcado como punto de inflexión. Incluso, Halperín Donghi señala que ni siquiera fue el regreso de Yrigoyen lo que motivó que en la esfera pública se empezara a hacer mención a la posibilidad de un golpe de Estado.¹⁵

15 El autor señala que fue la caída de la República parlamentaria chilena en 1925 la que hizo que en Argentina se empezara a hablar de la posibilidad de una intervención militar. Afirmo, de este modo, que hacia mediados de la década existe un sólido avance del descreimiento en la democracia; y es por demás sugestivo que ese avance se da mientras “bajo un presidente que se esfuerza por tomar distancia de su predecesor, el radicalismo en el poder se mantiene más fiel de lo que está dispuesto a admitir al legado institucional de la República posible. Ello sugiere que -aunque la gestión de Yrigoyen continúa y continuará siendo evocada como argumento irrefutable acerca de los males de la democracia- es esta última la que, más allá de cualquier modalidad episódica que pueda haber asumido, está comenzando a ser globalmente recusada” (1999, p. 239).

Sin embargo, el autor apunta una modificación de peso experimentada en esa coyuntura por el radicalismo: la campaña electoral del personalismo, que giró en torno a la cuestión petrolera, “aportó –afirma– una totalmente imprevisible novedad”, en tanto mostró a un yrigoyenismo “capaz de desplegar con ventaja los rasgos del ‘partido de ideas’ cuyo surgimiento tantos habían esperado en vano al instaurarse la República verdadera” (1999, p. 252). El autor se pregunta si esto refleja “un cambio en la fe política de Yrigoyen”; y se responde: “Hay en efecto algunos indicios que sugieren que ésta había perdido parte de su originaria fijeza” (1999, p. 253). Refiere a continuación la analogía que Yrigoyen establece entre el radicalismo y el laborismo inglés, y señala que, aunque no se puede saber si el viejo caudillo sabía exactamente cuáles eran las orientaciones de ese partido británico, “difícilmente podía ignorar que ellas establecían un lazo privilegiado con un específico sector de la sociedad, que por su parte él siempre había rechazado para el radicalismo” (1999, p. 253). Esta –sólo a medias declarada– disposición a vincularse más estrechamente con los sectores obreros y populares no es la única novedad que presenta el personalismo; Halperín Donghi apunta, asimismo, la presencia en Yrigoyen de un rechazo al influjo norteamericano para señalar que “también en este punto el progresismo de la década del 20 parece haber ganado algún ascendiente sobre quien antes había logrado proteger a su originario credo político de las innovaciones ideológicas introducidas con tanto más vigoroso empuje por la generación del 80” (1999, p. 253). Si bien esta incorporación de elementos nuevos es juzgada por Halperín Donghi como “muy superficial”, alcanzó para generar una reacción en sus opositores. Concluye nuestro autor a este respecto:

La reorientación de Yrigoyen hacia una misión más moderna, cercana a la visión de un partido de ideas, lejos de favorecerlo lo perjudicó, porque de alguna manera en un contexto en el cual los choques de ideas ya se encarnaban en choques de grupos sociales, las ideas avanzadas que a comienzos de siglo eran consideradas un rasgo de elegancia política intelectual, comenzaban a ser ideas peligrosas. Entonces, cuando Yrigoyen cae, no se le reprocha no haber hecho nada, no se le reprocha haber mantenido un discurso totalmente vacío y haber hecho política por la política misma; se le reprochan las ocho horas y los accidentes de trabajo. Yrigoyen finalmente ha aprendido cómo debe ser un político moderno y ese tipo de político moderno tampoco es lo que sus adversarios quieren. (1998, p. 21)

PALABRAS FINALES

En las reflexiones de Tulio Halperín Donghi sobre el devenir de la UCR durante las primeras tres décadas del siglo xx, encontramos múltiples sugerencias e hipótesis que necesariamente deberán ser tenidas en cuenta para quienes vuelvan a echar su mirada sobre esa experiencia. En estas reflexiones finales, nos interesa llamar la atención sobre dos aspectos que creemos particularmente merecedores de un análisis más detenido. El primero de ellos es el de la compleja relación entre radicalismo, clase media y democracia de sufragio universal. Quizá lo que hace a este tema tan difícil de asir sea la falta de hipótesis consolidadas sobre los sectores medios. En los últimos años, dos interpre-

taciones se han esbozado al respecto. Por un lado, Ezequiel Adamovsky (2009) enfatizó la dimensión política de la identidad de dichos sectores; en su mirada, la identidad de la clase media se conformó a mediados del siglo XX, fundamentalmente en oposición al peronismo. Roy Hora y Leandro Losada (2011), por el contrario, subrayaron el peso que la dimensión sociocultural tuvo en la configuración de ese grupo. Ellos sostuvieron que fue alrededor de valores mesocráticos y burgueses (vinculados al esfuerzo, el ahorro, el trabajo y la honestidad) que los sectores medios forjaron una identidad propia, quizá no opuesta, pero sí diferente a la de la elite; para estos autores, este proceso comenzó a desplegarse después del Centenario y tomó una forma nítida en el período de entreguerras (Hora y Losada 2011, p. 628). La postura de Tulio Halperín Donghi a este respecto parece más cercana a esta última interpretación, en tanto siempre sostuvo la idea de una formación temprana de la clase media (en sus primeros escritos, como vimos, ella es presentada como el resultado de la actuación de los “gobiernos de oligarquía”; en sus últimos trabajos, en cambio, surge ligada a la democratización política). Por añadidura, en su autobiografía el autor aparece en su niñez y temprana adolescencia (transcurrida entre las décadas del veinte y el treinta) claramente identificado como perteneciente a ese sector social; y son los valores sociales y culturales los que presenta como definitorios en la constitución de la identidad de dicho grupo. En esa autobiografía, encontramos también otro elemento significativo: allí aparece como un dato particularmente destacado la distancia de la clase media respecto a la democracia de sufragio universal; hacia el final del libro, en efecto, el autor, al hacer referencia a cómo sus seres cercanos experimentaron en los años treinta el fraude y la exclusión del radicalismo, expresa su “perplejidad ante la total ausencia de ese sentimiento [de culpa] entre quienes aprendí entonces a querer y admirar y participaron no siempre ni del todo pasivamente en ese ejercicio de marginación y humillación infligido a la mitad de sus compatriotas” (Halperín Donghi 2008, p. 306). A partir de esta constatación, lo que emerge como interrogante es hasta qué punto el autor no proyecta y hace extensiva a toda la clase media una experiencia personal.

La segunda cuestión saliente y merecedora de ulterior análisis es la referida a lo que Halperín Donghi conceptualiza como ruptura del consenso fundacional producido hacia la primera mitad de la década del diez. Desde luego, situar en el Centenario un punto de inflexión no constituye ninguna novedad: la historia política ha visto en la llegada de Sáenz Peña a la presidencia el comienzo de un significativo cambio en el régimen político (al respecto, entre muchos otros, Botana y Gallo 1997, Castro 2012). La historia social, por su parte, también ha situado en 1910 una bisagra: a partir de ese año, se ha señalado, las ideologías contestatarias cedieron su lugar a otras más conciliadoras (Gutiérrez y Romero 2007, Suriano 2008). Y en la misma dirección la historia intelectual identificó en esa fecha un hito (Terán 2000). Pero incluso en esta última perspectiva lo que había tendido a enfatizarse no era tanto el fin de un largo ciclo, sino más bien el ocaso de una determinada filosofía erigida apenas unas décadas atrás, ligada al positivismo o la “cultura científica”. En contrapartida, lo que Halperín

Donghi subraya es todo un final de época ocurrido con el Centenario, en tanto lo que allí tuvo lugar fue, en su perspectiva, ni más ni menos que el fin del consenso que dio origen a la Argentina como nación. Esto no deja de ser llamativo, puesto que, tradicionalmente, fue el golpe de Estado de 1930 el que tendió a ser visto como el comienzo de la crisis de ese consenso. La hipótesis de Halperín Donghi es relevante porque inevitablemente conlleva una nueva mirada sobre la primera experiencia democrática argentina. Una serie de interrogantes se desprenden de allí. Queda pendiente explorar, en efecto, cómo se gestó esa crisis, si fue sólo el producto de factores exógenos, cuánto ella influyó en la debilidad de la primera experiencia democrática argentina y qué implicancias tuvo para un radicalismo que, como Halperín Donghi señaló, siempre encontró en el consenso fundacional de la Argentina moderna su principal fuente de inspiración.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHA, O., 2015. Tulio Halperin Donghi: del peronismo entre recuerdos e historias. *Revista de la Red Inter-cátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, n.º 2, pp. 10-27.
- ADAMOVSKY, E., 2009. *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión*. Buenos Aires: Planeta. 538 p.
- ALTAMIRANO, C., 2018. El peronismo y la "crisis argentina" en Tulio Halperín Donghi. En: C. ALTAMIRANO Y A. GORELIK (eds.), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo xx*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BOTANA, N., 1977. *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BOTANA, N. Y E. GALLO, 1997. *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires: Ariel.
- CASTRO, M., 2012. *El ocaso de la república oligárquica. Poder, política y reforma electoral, 1898-1912*. Buenos Aires: Edhasa.
- GRUPO OXÍMORON, 1993. *La historia desquiciada. Tulio Halperin Donghi y el fin de la problemática racionalista de la historia*. Buenos Aires: Edición de autor.
- GUTIÉRREZ, L. Y L. A. ROMERO, 2007. *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1958. Sarmiento. En D. F. Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1961. Crónica del período. En AAVV, *Argentina 1930-1930*. Buenos Aires, Sur.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1972. *La democracia de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1980. *Proyecto y construcción de una nación. Argentina 1846-1880*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1993. El lugar del peronismo en la tradición política argentina. En: S. AMARAL Y M. BEN PLOTKIN, *Perón. Del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1994. *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1995. *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1998. El enigma Yrigoyen. *Prismas. Revista de historia intelectual*, n.º 2, pp. 11-21.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1999. *Vida y muerte de la República verdadera*. Buenos Aires: Ariel.
- HALPERÍN DONGHI, T., 2004. *La república imposible*. Buenos Aires: Ariel.
- HALPERÍN DONGHI, T., 2008. *Son memorias*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- HALPERÍN DONGHI, T., 2013. *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Buenos Aires: Emecé.
- HORA, R., 2018. ¿Cómo pensó Tulio Halperin Donghi la política de entreguerras? *Estudios Sociales*, n.º 54, pp. 15-41.
- HORA, R., 2016. El legado de Tulio Halperín Donghi. En A. Eujanian y M. Ternavasio (comps.), *Halperín Donghi y sus mundos*. Rosario: FHUMYAR Ediciones.
- HORA, R. Y L. LOSADA, 2011. Clases altas y medias en la Argentina, 1880-1930. Notas para una agenda de investigación. *Desarrollo económico*, vol. 50, n.º 200, pp. 611-630.
- MELO, J., 2009. *Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955*. Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- PAGANO, N., 2018. En torno de algunas interpretaciones halperinianas sobre el siglo XX argentino. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, número especial, pp. 180-190.
- ROSSI, L., 1997. Las interpretaciones del peronismo en la obra de Tulio Halperín Donghi. En R. HORA Y J. TRÍMBOLI (comps.), *Discutir Halperín*. Buenos Aires: El cielo por asalto, pp. 179-209.
- SABATO, H., 2016. Ser historiador. En A. EUJANIAN Y M. TERNAVASIO (comps.), *Halperín Donghi y sus mundos*. Rosario: FHUMYAR Ediciones, pp. 37-42.
- SURIANO, J., 2008. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.
- TERÁN, O., 2000. *Vida intelectual en Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- TORRE, J. C., 1989. Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, vol. 28, n.º 112, pp. 525-548.
- TRÍMBOLI, J., 2016. Casi reina. En: H. VANOLI, P. SEMÁN Y J. TRÍMBOLI, *¿Qué quiere la clase media?* Buenos Aires: Capital intelectual, pp. 89-117.